

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Jara, 32.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de cambio.—Corresponsales París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre; Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia para el Administrador.

DESDE MADRID

Política de Cartagena

¿Qué es esto? Cartagena entera, ó poco menos, se ha descolgado por la villa y corte. Cuando, mediada la mañana, doy una vuelta por el Suizo, podría creer sin esfuerzo que el trozo de acera de la calle de Alcalá en que el café se asienta, es una sucursal de la calle Mayor de Cartagena. Políticos y politiquillos y politicastro de nuestra tierra, desfilan con mejor ó peor semblante, según soplan los vientos y las impresiones. La tertulia de Maestre tan numerosa aquí, que enfurecería á los bloquistas que aún quedan vivos. Los amigos de Martínez Muñoz, incansables, con aspecto de haber levantado la caza y dispuestos á no dejarla escapar. El cuello rural de Don Apolinario Carrión, y debajo toda su formidable persona, acompañado de García Vaso pálido, con cara de pocos amigos—es decir, de los que le quedan... A muchos de ellos los estimo. A otros me ligan lazos de gratitud y de afecto inquebrantables. A ninguno quiero mal. Como espectador, no indiferente, pero sí desapasionado, asisto á la partida que ahora se está jugando, y cuyas etapas se desarrollan en altos despachos de Presidentes y de Ministros. ¿Quién vencerá? ¡Ah!, cuánto daría don Manuel Más por saber lo que yo sé, en el punto y hora en que escribo estas líneas! Pero yo soy discreto, por esta vez, á lo menos, y mi pluma no revelará el misterio. Baste decir que por aquí hay rostros lívidos, y bigotes que tiemblan de impaciencia, y gestos de desaliento, que no son el rostro, los bigotes ni el gesto de Martínez Muñoz.

Confieso que esto de despertar la curiosidad para dejarla insatisfecha no es lícito. Es verdad, que yo debiera explicar el resultado de tales ó cuales conferencias, la calidad y cantidad de tales ó cuales ofrecimientos, si es que los sé. Y si no los sé, inventarlos, que al fin y al cabo nadie había de perseguirme por eso. Pero esta niebla, esta indecisión, estas dudas, tienen también su voluptuosidad. Hay, por otra parte, un proverbio árabe, que dice: "si quieres ver pasar el cadáver de tu enemigo, siéntate á la puerta de tu casa y espera." ¿No creéis que es un consejo admirable? ¡Saber esperar! ¡Elemental postulado de toda estrategia, aún de

una estrategia tan humilde como lo es la caza del zorro! ¡Saber esperar! y cuán conveniente sería poseer esta ciencia modestísima á unos y á otros: á los devotos de García Vaso—si quedan creyentes ante el ara vacía—y á los amigos de Martínez Muñoz. No sé si la poseen ó no; ella les evitaría muchos malos ratos, y contribuiría á disciplinar más su voluntad para lo futuro.

Podría suceder... (digo que podría suceder, no afirmo que suceda), podría suceder que Canalejas, rodeado de traidores y de conjurados, hubiera comprendido al fin lo que vale un amigo leal, por ejemplo, Martínez Muñoz. Hubiera contrastado la fidelidad y la consecuencia de este amigo, con la conducta caprichosa y arbitraria de algunos diputados de la mayoría. Hubiera querido, en un momento de clarividencia justiciera, reparar una larga serie de olvidos y de omisiones. Y habiendo surgido ocasión de servir á ese amigo, en un pleito de política local, se decidiera á complacerlo sin atender á otras razones. Confesad que esto es verosímil. Pero suponed, además, que el amigo de Canalejas, no estuviera solo en su demanda: que contase con el apoyo de un alto personaje de la situación, á quien Canalejas tuviera singular empeño en servir y agradecer, para evitarse complicaciones. Lo que antes era verosímil ¿no sería, con esta circunstancia, más que probable, casi seguro? Pues seguid suponiendo que ese personaje existe, y que se llama el Conde de Romanones. ¿Verdad que la cosa resulta más viable cada vez? Si esto fuera así, no hay duda de que el señor Carrión no volvería á ser alcalde de Cartagena. Pero estamos utilizando las hipótesis para nuestra construcción mental, de tal modo que si ellas son falsas, las conclusiones lo serán también, inevitablemente. Y en este caso don Apolinario volverá á hacer felices desde la alcaldía á los habitantes de esa hermosa ciudad, dentro de tres ó cuatro días, á lo sumo.

No me atrevo á hacer profecías. Tengo, sin embargo, la certeza de que, políticamente, algún cartagenero ha muerto aquí. Claro es que no se puede decir que ha muerto políticamente quien hasta la fecha, respecto del mundo oficial, estuvo siempre en embrión. Algún ha muerto, no os quepa duda. Aunque de su descomposición política no se exhale miasmas

perniciosos, como se producen en la descomposición orgánica, dado por absolutamente muerto. Y á los muertos, después de instalarlos debajo de La Tierra, lo mejor es dejarlos en paz.
J. P.

La intervención francesa

Madrid 31-9 m.

El nuevo sultán del Imperio Muley Z'in ha escrito varias cartas al cuerpo diplomático acreditado en Marruecos.

En e las, protesta contra la intervención francesa en África, considerándola contraria á los tratados y á los derechos de gentes.

Dice también que los atropellos é injusticias cometidos por el Magzen, ha inducido á las kábilas á la rebelión contra Haffid, acogiendo á su persona.

OIGA USTED, SEÑOR ALCALDE

La opinión se encuentra alarmada y muy justamente, ante el incremento que estos días han tomado los casos de fiebres, que aunque de distintos matices, parecen ser que todas res ponden á un fondo palúdico. Y esta opinión se pregunta si habrá alguna relación de causa á efecto entre el removido de tierras para la construcción del alcantarillado y esta repentina y perniciosa llamada de las infecciones palúdicas.

A nosotros nos ha contagiado este latido de opinión que ha sembrado en nuestro espíritu la misma duda, y por eso nos permitimos indicarle la conveniencia de que se estudiara el caso por la Junta de Sanidad y se obrara en consecuencia.

Ya sabemos nosotros, que usted, señor Alcalde, por su cualidad de médico y de médico estudioso, ya estará atento sobre el crecimiento que estos días ha tenido determinada infección, y que tendrá presente, ¿cómo no?, que esta ciudad está alzada sobre un lecho palúdico, y que el hematológico de Laverán es aquí un Protégo que todo lo llena.

Por otra parte, nosotros creemos que los contratistas del alcantarillado no tendrían inconveniente, mientras durase el estío, en paralizar aquellas obras en los puntos en que las condiciones del sub-suelo hicieran temer peligro para la salud pública.

De Extrangis

HUMORADAS

Catónico.

"¡Oh el ambiente del hogar, los principios religiosos, la moralidad interna y los dogmas económicos!" Eso, con palabras huecas, recomienda Pepe el sóbrio, en un artículo lívido, sensual y babibónico. Tú, metido á moralista; ¡yo no vuelvo de mi asombro! Tú, con la piel de cordero, encima de la de lobo!

"Balduque I." "Res-dactilografiv."

Jornaleros de la pluma, obreros del escritorio, proletarios de oficina, venid á mi cariñosos. Yo soy vuestro Redentor, como al mundo es bien notorio: del secante y el balduque, sacudid el duro oprobio. Venid á mi Banco Agrícola, y os daré destino á todos. ¿Para qué hablaros de sueldos? Eso es de mi alcurnia impropio. Os daré sabios consejos: mis palabras, que son de oro, os servirán de alimento: ¡de pan no vivimos solo! Venid á mí, como vienen los chiflados y los tontos! Y reposad á mis plantas, cobijados por mi solio!

MENSAJE

"O cae el Banco de Cartagena ó cae La Tierra." (Del número de ayer).

Tú, que cazas electores, con reclamos vergonzosos. Tú, que en el náutico Club, hiciste compra de votos; tú, que entraste en el Casino, como entran los demás socios; tú, que buscas y capturas, con cepto, á los generosos; tú, que finges suscriptores de "La Tierra", con anónimos; tú, que has hecho pedestal al pueblo de tus antojos; tú, que á Apoli sacrificas, con inconcebible gozo; tú, que no tienes un cuarto, ni en los bolsillos más próximos; tú, que padeces inopia

y otros males menos crónicos; no armes tanta algarabía, ni grites: ¡ajo por ajo! No te meriendas al Banco, aunque bailes el morrongo, ¡Calla, simplón, dá al olvido un bocado tan sabroso!

— ANUNCIO CON ESTRAMBOTE —

"Compro casa en diez mil duros y no admito corredor." Y yo tampoco lo admito; ¿para qué lo quiero yo? (Razón; Lista, 8)

"Embarazadas: in partibus tengo asistencia selecta." ¡Qué niños tan distinguidos saldrán con esa partera!

"Traspaso obrador de pancha." Pérez Galdós, veintiséis." ¿Qué me dirían los rojos, si me metiese con El? (Aloahá, 123-3.)

X. Y. Z.

UN DEBAZE

Madrid 31-9 m.

Hoy dará comienzo en el Congreso el debate sobre los sucesos ocurridos recientemente en San Feliu de Llobregat.

La discusión se había aplazado hasta la llegada de don Damacio, testigo presencial de los sucesos.

El segundo turno lo consumirá Miró, é interendrán también Emiliano Iglesias y Lerroux.

DE TODO

AUTORES PASADOS DE MODA

PROLEGÓMENOS

Voy á hablar de los viejos, ya consagrados por la fama, con todo el respeto que merecen las instituciones venerables y arcaicas: un bloque en ruinas; un baluarte entregado, por sorpresa, al asalto de los lívidos enemigos; un vaso, que funciona incesantemente, de día y de noche, receptáculo, ayer, de las mieles de la soberanía, y hoy, depósito de la bilis y de la hiel de la oposición. *Sic transit gloria mundi.* Voy á hablar... pero, dejemos á la orquesta de tizngaros viudos que preludie el voluptuoso vals de los besos, y mientras el coro de pepinitos, en vinagre, templá ó tañe los dóciles

instrumentos, y coje el cielo con las manos, meditemos en la fragilidad de los diputados inmortales.

—Pepe, sube la cabeza, ¡los locos como tú sabes, es decir, ¡nosotros un exabrupto, á propósito del precio de las acciones del Banco.

Pepe (al paño).—¡Las doy por 700 pesetas! ¿Hay quien de más?

ESCENA I

AUTORES POLITICOS

Diálogo entre Josué (que detuvo el sol y apagó la luz del gas) y Menda (que aborrece á los guerreros sugrados).

J.—¿Es V. partidario de la política en el teatro?

M.—No señor: todo lo contrario. Del teatro en la política.

J.—El teatro es una escuela de buenas costumbres...

M.—Debía serlo; pero el teatro no es un Club, ni una casa del pueblo, ni una merienda de promiscuación...

J.—Sin embargo, Dícenta...

M.—Es un talento colosal, pero su elocuencia es borrosa... Se ahoga, balbucea y enronquece...

J.—Le falta voz y le sobra fuego...

M.—¡Pobre Joaquín...!

J.—Ese nombre me anonada... Hablamos de Juan José

M.—De eso trato, para decir que es magnífico, sublime, emocionante; pero sería lo mismo, si no predicase teorías disolventes.

J.—¿Y el derecho á la vida?

M.—Es recíproco. En Juan José nos deslumbra la fuerza, la vida, el alma, la intensidad del amor; nos atrae ese hombre todo corazón, abnegado y bueno; y nos fascina su grandeza moral, porque no pertenece á este ni á aquel partido. Es de todos: es la humanidad sujeta á la esclavitud del destino; carácter entero que no se doblega, ni se rompe; tipo perfecto de la pasión hecha carne, del sentimiento sincero, de la ternura burlada, del cariño y del afecto, siempre vendidos por las veleidades de la mujer, por las traiciones del amigo y por los caprichos del poderoso.

J.—¿Y Aurora y Daniél...?

M.—Son hermosas concepciones de un sectario, trozos oratorios, hurtados al meeting y robados al periódico.

J.—Admita V. que son emblemas gloriosos, ideas representativas, empujadas por el huracán de las reivindicaciones populares, y vivificadas por el hálito inmortal de un poeta, amigo de los pobres, de los obreros y de los desgraciados.

ra, pero ¡ah! asaltada siempre con tal impeiu, que sus hijos, de sembrados por el mundo entero, sentían resonar en los oídos sus gritos de angustia y sus llamadas al arma. Y estos llamamientos, estos gritos, que no la carta de mi tío, me decidían á abandonar Inglaterra.

Hacia mucho tiempo que mi corazón se interesaba en la terrible lucha sostenida por mi patria, sola contra toda Europa; hubiera querido inscribirme entre los voluntarios que un entusiasmo sublime hacía correr á la frontera. Pero ¿a caso me lo hubiera permitido mi padre? El, que había servido con Condé y combatido en Quiberon, ¿no me habría acusado de felonía?... Pero ya muerto mi padre nada se oponía á mi vuelta á Francia. Lo que también me inclinaba á esta resolución es que Eugenia—la que fué luego mi mujer—compartía mis deseos y se asociaba á mis ambiciones. Sus padres, descendientes de una rama segunda de la casa de Choiseul tenían prejuicios más arraigados aún que los de mi padre, y cuando ella se regociaba conmigo de una nueva victoria de la Francia, nuestras familias, reunidas en el salón, se consumían en lamentaciones estériles y vanas maldiciones. ¡Ah! mucho nos queríamos los dos, pero creo que aquella comunión de espíritu, que vivíamos continuamente y en cierto modo nos aislaba de todos, nos hacía querernos más.

culo que me cerraba las puertas de mi país... Aquí interrumpió mis cavilaciones el patrón del barco, sacudiendome brutalemente.

—Eh, amigo—gritó—hay que tomar el bote! Yo rechacé al hombre y le hice notar que estábamos todavía á gran distancia de la orilla.

—Es igual—gruñó el;—tomad la barca ó nadad hasta la costa; yo no me menéo de aquí.

Y en vano traté de representar que le había pagado para llevarme á tierra.

—Si, sí, muy bien pagado—dijo burlándose.

Y volviéndose á un marinero:

—Vamos, Jim, carga las velas, muchacho.

Y como yo le preguntara que pensaba hacer:

—El Vixen volverá á zarpas dentro de una hora.

Volver á Dovtes con nosotros si os divierte eso,—me respondió.

—¿De modo que rehusáis absolutamente llevarme á tierra?—le pregunté.

—Absolutamente. Jamás se aproximará el Vixen á los arrecifes de Ambletense con esta maldita brisa del Sudoeste.

—Bien—dije—tomaré la barca

—La piel váis á dejar en esta travesía—gruñó, lanzando sobre mis botas un enorme salvazo negrozco.

T embredé de celeridad á la zarme sobre el

cera roja, sirviéndose del dedo para sellarlos, á juzgar por las señales de una piel espesa y rugosa impresa en la cara. Pues bien: sobre uno de los sellos veíase trazada estas dos palabras en inglés: «Droit come» (no vengals), rápidamente escritas. ¿Y por quién?... ¿Era mi tío que las había añadido á consecuencia de un brusco cambio de idea?... Entonces, ¿á que mandarme la invitación? ¿Las había escrito alguien para impedirme aceptar la hospitalidad que me ofrecían?... Sin embargo, os sellos estaban intactos. Na lie, pues, había podido conocer la carta. Y aquellas dos palabras me atraían, me fascinaban; haciendo seguir en mi ánimo un extraño y siniestro pensamiento.

Mecido al son monótono del agua, me puse á pensar en todo lo que me habían contado de mi tío Bernac. Mi padre único heredero de una de las más nobles y antiguas familias de Francia, había tomado en matrimonio á la señorita Bernac por su belleza y virtudes. Nunca tuvo que arrepentirse de tal enlace, porque mi madre fué siempre para él un ángel de bondad y dulzura; en cambio, si tuvo mil quejas de su cuñado, el procurador Claudio Bernac. Este último, sopea de bajas obsequiosidades, simulaba un odio implacable hacia mis padres; sus sentimientos venenosos estallaron desde las primeras turbulencias del ochenta y nueve. Excitó á colonos campesinos á sublevarse de